

68.—ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO.—PRIMERA PARTE.

PRELUDIO 1.º Representate á Jesucristo enseñando á sus discípulos, y á ti con ellos, la oración del Padre nuestro.

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de penetrar el sentido de sus peticiones, y rezarle con verdadero fervor.

Punto 1.º *Primera petición. Santificado sea el tu nombre.*—Considera cómo en la primera petición pides á Dios que su nombre sea conocido, alabado y glorificado por todos, venerado y adorado y tenido por santo. No dices que su nombre sea alabado ó glorificado, sino que sea santificado, porque la santidad es lo que más ama Dios y de lo que más se precia, deseando que los hombres en la tierra le entonen el mismo cántico que los ángeles en el cielo, diciendo: «Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los ejércitos, el que es, fué y será para siempre». Pondera por qué nos manda Jesús que digamos santificado sea tu nombre, y no santificada sea tu majestad y potencia; la causa es, porque es justísimo que cuanto se nombre de Dios y cuanto conocemos de Él sea venerado, conocido y tenido por santo. Su justicia es santa, su omnipotencia es santa, su providencia es santa, todos sus atributos son santos, y están incluidos y se sobreentienden en la palabra *nombre*. Considera la absoluta universalidad de esta petición, porque no dices santificado sea tu nombre por nosotros, sino de un modo absoluto, santificado sea tu nombre, queriendo que tu petición sea sin tasa ni límite alguno, deseando que el nombre santísimo de Dios sea santificado de los ángeles y de los hombres; y no sólo de los hombres que están en la tierra, sino también de las almas que están en el cielo y en el purgatorio, de las presentes y de las que han de nacer, y que todas las criaturas de este mundo visible, del modo que puedan, alaben y glorifiquen este santo nombre, pues es dignísimo de ser glorificado de todos, y que toda rodilla de los moradores celestiales, terrenales é infernales se doble y postre al soberano nombre de Dios. Mira el modo cómo debes tú y todas las criaturas santificarle; su principal glorificación consiste en que todos crean lo que revela, esperen lo que promete, obedezcan á lo que manda, y le adoren y sirvan como Él ordena, y le amen de todo su corazón. De modo que su vida y sus obras sean tales, que quien las viere, por ellas glorifique al Padre celestial. ¿Glorificas tú de este modo el nombre de Dios? ¿Puede acaso decirse de ti que por tus obras es el nombre de Dios blasfemado? ¡Oh Padre gloriosísimo! Por los méritos de vuestro Hijo unigénito, os suplico

¹ Isai., vi, 3; Apoc., iv, 2. — ² Philip., ii, 10. — ³ Matth., v, 16. — ⁴ Rom., ii, 24.

deis luz de fe á todos los infieles, gracia y caridad á todos los justos, para que todos santifiquen vuestro santo nombre en la tierra, al modo que lo santifican los bienaventurados en el cielo.

Punto 2.º *Segunda petición. Venga á nos el tu reino.*—Considera aquí la segunda petición: «Venga á nos el tu reino». El reino que pides en ella es, ante todo, el reino con que reina Dios en esta vida en los justos por gracia. El cual abraza la doctrina de la fe que hemos de creer, las leyes de su gobierno que hemos de guardar, los sacramentos que hemos de recibir, los sacrificios que hemos de ofrecer, y las virtudes todas con que hemos de servir á nuestro Rey, disponiéndonos para que entre dentro de nuestras almas y reine en ellas. Pides también el reino de la gloria, donde reina Dios con los bienaventurados pacíficamente; y no dices: llévanos á tu reino, sino: venga á nos el tu reino, porque si viene á ti el reino de Dios por gracia, cierto es que te llevará al reino de la gloria; y así, más cuidado has de tener en desear el primero que el segundo, porque todos desean reinar con Cristo en la gloria, y esto á todos es sabroso; pero no todos desean que Cristo reine en ellos en la tierra, porque esto es penoso, y no agrada á la naturaleza viciada y acostumbrada á vivir sin freno ni sujeción. Otro reino que pides es el reino de Dios, último y consumado, cual será el día del juicio, cuando del todo se acabe el reino del demonio y Dios reine en los justos, glorificando sus almas y cuerpos, y el reino de la gloria sea cumplido en todos. ¡Oh! ¡Cuándo llegará este reino para que del todo se acaben los pecados y se cumplan los deseos de las almas que le están esperando, para gozar de él juntamente con sus cuerpos! Pondera finalmente la palabra *tuum*, tuyo; venga, Señor, á mí tu reino, para que destruya todo reino que no sea tuyo. No reine en mí el reino del pecado ni del demonio; antes os pido que los destruyáis. No os pido, Señor, que venga á mí el reino de este mundo, fundado en riquezas, honras y regalos, sino el reino vuestro, fundado en verdaderas virtudes. ¡Oh Salvador dulcísimo, que dijisteis: Mi reino no es de este mundo! Vuestro reino quiero, vuestro reino deseo, y ese sólo pido. Venid, ¡oh Trinidad Beatísima!, y entrad dentro de nosotros; morad y reinad en los que vivimos en la tierra, como reináis en los santos que viven en el cielo, para que os sirvamos como ellos os sirven. ¿Quieres, ¡oh alma fiel!, que reine en ti Jesús? ¿Qué exige de ti? ¿En qué cosas has de mostrarte súbdita de este Rey?

Punto 3.º *Tercera petición. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.*—Considera cómo en la tercera petición pides que se cumpla la voluntad divina, declarada por los preceptos de la ley, por los consejos del Evangelio, por las secretas inspiraciones del Espíritu Santo, por las ordenaciones de la Iglesia y de sus ministros y de todos los superiores que están en lugar de Dios. ¡Oh, si cumplieses esta voluntad de Dios; pues

basta que sea la voluntad de su Criador para que todas sus criaturas gusten de cumplirla! Pero fijate en la palabra *tua*, tuya, que es como si dijese al Señor: No quiero que se cumpla mi propia voluntad, que es perversa; ni la voluntad de la carne, que es rebelde contra el espíritu; ni la voluntad del demonio, que es injusta; ni la del mundo, porque es vana; vuestra sola voluntad se haga, porque ella sola es buena y justa, y regla de toda buena voluntad. Pondera, asimismo, el modo de cumplir esta voluntad, que se declara en las palabras siguientes: «Así en la tierra como en el cielo»; esto es, con aquel modo que los ángeles y espíritus bienaventurados la cumplen en el cielo; conviene á saber: con entereza, sin faltar en cosa alguna, por mínima que sea; con pura intención de agradar á solo Dios; con prontitud, puntualidad y presteza grande, sin tardanza ni repugnancia alguna; con fortaleza y perseverancia hasta el fin, y, finalmente, por amor y con amor ferviente, continuo é intenso, saboreándose y gozándose en cumplir lo que Dios manda. Pides también en esta misma petición que se haga la voluntad de Dios por los hombres terrenos, como la hacen los hombres celestiales, y, sobre todo, como la hizo el Adán celestial, Jesucristo, Señor nuestro, el cual bajó del cielo á cumplir la voluntad divina con excelentísima perfección. ¡Oh Padre celestial! Razón es que los hijos engendrados por vuestra graciosa voluntad hagan lo que les mandáis, como lo hizo el Hijo engendrado de vuestra substancia. Enseñadme á cumplir vuestra divina voluntad¹, porque Vos sois mi Dios, á quien sea honra y gloria por los siglos de los siglos. Ahora bien: ¿qué hemos de hacer nosotros para cumplir la voluntad de Dios? ¿Cómo la hemos cumplido y la cumplimos?

Epílogo y coloquios. ¡La gloria de Dios! He aquí el fin último de todas las cosas, y la primera aspiración del cristiano, y lo que siempre ha de tener delante de los ojos. Jesucristo puso ésta por primera petición de la oración que por sí mismo dictó. Santificado sea el tu nombre. Que sea por siempre este nombre divino y todo cuanto él encierra alabado, glorificado y tenido por santo; porque á él solo corresponde esencialmente la santidad, y nadie es santo sino él ó por él. Por lo cual, justo es que todos, ángeles y hombres, alaben y glorifiquen este santo y divino nombre. Mas después de haber pedido la consecución del fin último de todas las cosas, has de pedir la adquisición de tu propio fin, porque sólo así contribuyes del modo que Dios desea al fin supremo universal. Este fin último tuyo pides en la segunda petición, al suplicar que venga á ti el reino de Dios, esto es, el reino de la gracia en este mundo, y el reino de la gloria en el otro, los cuales están entre sí tan íntimamente enlazados, que no puede obtenerse el segundo sin haber conseguido antes el primero, porque el que

¹ Psalm. CXLII, 10.

quiere reinar con Cristo, ha de procurar que antes reine en él Cristo. Mas ¿cómo obtendrás este doble reino? Cumpliendo la voluntad de Dios. Este es el único medio para lograrlo. Y cumpliéndola, en cuanto puedas, con la perfección con que se cumple en el cielo. De aquí la tercera petición. Mira con atención la obediencia de Jesús á la voluntad divina, y verás que es entera, perseverante, pronta y amorosa. Examina si procuras modelar tu obediencia por la que tuvo el divino Maestro. Y si algo hallas en tí que corregir, haz resoluciones firmes y prácticas, y para cumplirlas pide los auxilios al Señor, rogándole por todas las cosas que te han encargado pedir.

69.—ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO.—SEGUNDA PARTE.

PRELUDIO 1.º Representate á Jesucristo enseñando esta oración á sus discípulos, entre los cuales te hallas tú.

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de penetrar el sentido de las peticiones que encierra y de decir las con verdadero espíritu y fervor.

Punto 1.º Cuarta petición. *El pan nuestro de cada día dánosle hoy.*—Considera cada una de las palabras de la cuarta petición. En ella pides á Dios el «pan», esto es, el pan que sustenta y conforta el espíritu, que es el santísimo Sacramento del altar, suplicándole que te haga digno de recibirle cada día sacramentalmente, ó á lo menos espiritualmente; pides también el pan ó sustento del alma ordinario, que son los socorros de la gracia con que se conserva la vida espiritual, el cual comprende los sacramentos, inspiraciones, ilustraciones, inteligencia de las verdades, y, sobre todo, el cumplimiento de la voluntad divina, que Jesucristo llamó su pan¹; pides, por fin, el pan ó sustento ordinario para conservar la vida del cuerpo, porque quiere Dios que la conserves, y se lo pidas; no con solicitud demasiada, sino confiando en su divina providencia. Este pan dice Jesucristo que es «nuestro», porque, aunque es verdaderamente de Dios, ya que de Él procede, Él lo amasa y reparte; mas quiere que lo llamemos nuestro, porque se ordena al remedio de nuestra necesidad, y Jesucristo nos lo mereció y lo compró con el precio de su sangre, no para sí ni para los ángeles, sino para nosotros. Pondera la palabra de «cada día», la cual significa que no has de pedir aquella ración extraordinaria que suele el Señor conceder á sus particulares amigos, pues que no eres digno de ella, sino la ración ordinaria de cada día, sin la cual no puede vivir tu alma ni medrar en la vida espiritual, ni tampoco el cuerpo, remitiendo á la adorable providencia de Dios otros favores ó gracias extraordinarias que quiera darte. Y esta ración ordinaria no debes

¹ Joan., IV, 34.

pedirla para ti solo, sino también para tus prójimos, por cuyo motivo añade el Señor la palabra «danos», teniendo grande caridad y hermandad con todos, queriendo para ellos lo que quieres para ti. Fija, por último, la atención en la palabra «hoy», la cual te indica que todos los días debes acudir á la oración, estando continuamente colgado de la providencia de Dios, y evitando la demasiada solicitud para el día de mañana, acordándote de los israelitas¹, que en el desierto cogían todos los días el maná, y Dios tenía cuidado de preparárselo. ¿Qué pan pides principalmente al Señor? ¿Suspiras por el pan divino y sobresubstancial? ¿Cómo te aprovechas de él? ¡Oh Padre amabilísimo! Vos, que alimentáis las aves del cielo y preparáis el manjar para todos los seres vivientes, no os olvidéis de este miserable hijo vuestro, que os pide el pan de vuestra divina gracia y el de vuestra santa doctrina; dadme este pan copiosamente para el día de hoy y para siempre, pero de tal manera, que viva y ore con tal fervor en este día, como si para mí no hubiera otro.

Punto 2.º *Quinta petición. Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*— Considera cómo en la quinta petición pides que Dios te perdone las deudas, esto es, los pecados mortales ó veniales y las penas á que por ellos quedaste obligado; las cuales deudas sólo Dios puede perdonar², y las perdona por los medios que tiene para ello instituidos; y así le pides que te las perdone, aplicándote estos medios y dándote ayuda para usar de ellos. Pondera que, aunque seas tan santo, que puedas llamar á Dios Padre, y haya venido á ti su reino, y te esfuerces en cumplir la voluntad de Dios aquí en la tierra del modo que se cumple en el cielo, has de reconocer que eres pecador, y puedes presumir que cada día pecas en este género de culpas veniales, é incurres en deudas por las cuales cada día debes decir: «Perdónanos, Señor, nuestras deudas». Reflexiona que para mover á Dios á que te perdone, te ofreces tú á perdonar á tus prójimos las deudas que tienen contigo, como son las injurias y ofensas que te han hecho; y las has de perdonar, no aborreciendo al que te injurió, ni vengándote de él con tu propia autoridad, ni dando señales de aborrecimiento, sino antes las señales comunes de amistad; pero más perfectamente perdona quien totalmente se olvida de la injuria, y con especial amor ama á su injuriador, y le hace especiales beneficios, por lo cual alcanzará de Dios más copioso y absoluto perdón de sus propias deudas. Por donde conocerás cuánto quiere nuestro Señor que perdones á los demás, pues pone esto por condición para perdonarte, y cuánto desea que perdones luego, y que el sol³ no se ponga reteniendo la ira, pues en la oración de cada día te manda decir que perdonas á tus deudores; y si no lo haces así, tú mismo das sen-

¹ Exod., xvi, 4. — ² Marc., ii, 7. — ³ Ephes., iv, 26.

tencia contra ti; porque diciendo á Dios que te perdone como tú perdonas, si no lo haces, es decirle, cuanto es de tu parte, que no te perdone. ¡Oh Padre amorosísimo! Muy de corazón perdono las deudas que me deben, para que Vos me perdonéis las que os debo. Nada es lo que me deben mis prójimos, y yo os debo diez mil talentos¹, por haber pecado innumerables veces contra cada uno de los mandamientos de vuestra santa ley. ¿Conoces tú las deudas que tienes con Dios? ¿Deseas alcanzar el perdón de ellas? ¿Perdonas de corazón á tus hermanos?

Punto 3.º *Sexta y séptima petición. No nos dejes caer en la tentación; mas líbranos del mal. Amén.*— Considera que en la sexta petición pides al Señor que no te deje caer en la tentación. No le pides que no seas tentado y que no dé licencia al tentador para que te tienta; antes se supone que has de serlo, y que conviene que tu Padre celestial lo permita y dé tal licencia; porque si Él la da, sin duda será justa y para tu provecho, y medida conforme á tus fuerzas²; y así has de estar aparejado para padecer tentaciones del demonio y de sus ministros que viven en el mundo, y de tu propia carne con sus pasiones. Pero quiere Cristo nuestro Señor que le pidas gracia para no ser vencido en la tentación, y para no caer en ella, consintiendo en algún pecado, y juntamente que no seas tentado con tal género de tentación y en tal género de ocasión, donde ve su Majestad que has de ser vencido. Pondera la última petición, que es: «Líbranos del mal». En la cual pides ser librado de todos los males pasados, presentes y por venir, así temporales como eternos, y así del alma como también del cuerpo, en el grado que conviene para el bien del alma; y así le pides te libre de los pecados pasados, perdonándolos con su gracia, y que te saque de las ignorancias, errores, pasiones, aflicciones y miserias que ahora padeces, y que te preserve y libre de las futuras, especialmente de la eterna condenación y del poderío del demonio, que es el mal³ de quien deseamos principalmente ser librados cuando decimos: «Líbranos del mal», para que ni en esta vida ni en la futura tenga poder sobre nosotros, ni seamos esclavos suyos. Mira, por fin, cómo Jesús, por remate de esta oración, añadió la palabra «Amén», que quiere decir, así sea; y esta palabra debes decir con un ferviente afecto y deseo de alcanzar todo lo que has pedido, y con una viva confianza de que serás oído, pues pides las cosas que te ha de conceder el mismo á quien pides, y lo haces con las mismas palabras que Él te ha enseñado. ¡Oh amabilísimo Jesús! Vos veis que las tentaciones más violentas nos amenazan y los males más graves nos rodean; el demonio, el mundo y carne desean arruinarnos, y si sucumbimos, corremos peligro de caer en todas las miserias de esta vida y de la otra; levantaos y ayu-

¹ Matth., xviii, 24. — ² I Cor., x, 13. — ³ Matth., xiii, 19.

dadnos; no permitáis que caigamos en la tentación; haced que sea eficaz nuestra súplica para vernos libres de los males eternos. ¿No tememos las tentaciones? ¿No deseamos vernos libres de los males que nos amenazan? ¿Qué debemos hacer para esto?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien ha sabido compendiar el Señor en la oración dominical todas las cosas que hemos de pedir para nuestra felicidad eterna! Si para alcanzar el reino de los cielos nos es preciso cumplir acá la divina voluntad como se cumple allá, para hacer esto nos es indispensable el pan de la divina gracia, que á continuación pedimos diciendo: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy». ¿No sientes la necesidad de este pan celestial, contenido en los sacramentos, inspiraciones, obras piadosas? ¡Ay de ti si no tienes hambre de él! Jesucristo quiere que, después de pedir lo necesario para alcanzar tu fin, supliques la remoción ó alejamiento de los estorbos que podrían impedirte esta gracia; y como estos son, ó las culpas cometidas, ó las tentaciones, ó las penalidades de esta vida, que no pocas veces te apartan de Dios, conforme á las pretensiones de tu enemigo, que las causa inmediatamente; de aquí las tres últimas peticiones, en las que ruegas al Señor que te perdone las culpas cometidas y te preserve de otras nuevas, ayudándote á vencer las tentaciones y librándote de todos aquellos males en que podría naufragar tu virtud. ¡Oh con cuánta devoción y con qué voluntad tan ferviente debieras rezar esta sublime y divina oración. ¿Cómo lo has hecho hasta el presente? ¿No es verdad que al rezarla no pocas veces ni tú mismo te oyes ó entiendes? Y ¿quieres que te oiga Dios, á quien con tal disipación hablas? Reflexionemos bien sobre esto que tanto nos interesa; miremos las tentaciones con que somos con más crueldad perseguidos, y formemos aquellos propósitos que más nos ayuden para conservarnos firmes en medio de ellas, y para cumplirlos pidamos la divina gracia que nos es necesaria y todos aquellos bienes que pretendemos alcanzar.

70.—MISIÓN DE LOS APÓSTOLES.

PRELUDIO 1.º Viendo Jesús la mucha mies de pecadores y la escasez de obreros para cogerla, envía á sus discípulos á predicar, dándoles notables consejos y grande potestad.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús enviando á la predicación á sus discípulos, entre los cuales te hallas.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de comprender y seguir los consejos de Jesús.

Punto 1.º *Motivo por el cual Jesús envía sus discípulos á predicar.*—Queriendo Jesucristo enviar sus discípulos á predicar, indicóles el motivo de su misión, diciendo: «La mies es mucha, y los obreros pocos; rogad al Señor de ella que envíe

¹ Matth., ix, 37, 38.

obreros á cogerla». En cuyas palabras debes ponderar su infinita caridad y misericordia, y el deseo que tiene de nuestro bien. Dice primeramente que la mies es mucha, porque son muchos los que tiene escogidos para el cielo, y muchos los que están esperando la ayuda de los predicadores para rendirse del todo á su servicio; y esto le mueve á compasión. Dice, además, que los obreros ó segadores son pocos; porque los más de los hombres son amigos del ocio y enemigos del trabajo; y si trabajan, buscan más bien su propio provecho que el bien de los otros. Añade que al Señor de la mies corresponde el enviar obreros á ella, porque ninguno puede entrar en mies ajena sin voluntad de su dueño, y quien, sin vocación de Dios¹, que es el Señor de la mies, entra en esta labor, señal es que no busca el servicio y gusto de su Señor, ni el provecho de la mies, sino su propio provecho, su honra y comodidad, y trabajará en vano; porque, si no es en nombre y virtud de Jesucristo, ni se puede segar esta mies, ni pescar la pesca de las almas. Dice últimamente que rueguen al Señor de la mies, que envíe obreros; porque no está olvidado de ella, y desea mucho que se coja, aunque quiere ser rogado; toda vez que la oración es medio para ejecutar las trazas de la Divina Providencia, y para manifestar que el interesado en esta obra no es tanto Él como la mies y los obreros que la cogen, porque así han de alcanzar su salvación. Sin embargo, es tal la caridad de este Señor, que antes que le rueguen que envíe obreros, se resuelve de enviarlos, para significar que, aunque nosotros nos descuidemos en pedir esta merced, su infinita bondad no se olvidará de la mies, sino por sola su misericordia escogerá obreros y los enviará. ¡Oh Salvador dulcísimo! Gracias os doy, cuantas puedo, por el cuidado que tenéis de vuestra mies y de enviar obreros á cogerla. Y pues queréis ser rogado, mil veces os suplico enviéis muchos obreros, fieles, ejemplares y libres de toda confusión; y si yo valgo, vedme aquí, enviadme; porque si Vos me llamáis y enviáis, justo es que yo os obedezca, trabajando en cumplir lo que me mandáis. ¡Oh alma mía! Oye las palabras de Jesús, y pregúntate: ¿Has rogado que multiplique las vocaciones al ministerio apostólico? ¿Correspondes tú á ella?

Punto 2.º *Jesús envía á sus discípulos de dos en dos, y dales grande poder.*—Considera aquí cómo Jesucristo, por graves motivos, dispuso que sus discípulos fuesen de dos en dos, y no uno solo. Quería que el uno ayudase, consolase y guardase al otro; y para que pudiesen ejercitar entre sí la ley de la perfecta caridad, con cuyo ejemplo exhortasen á los demás á guardarla; y porque fuesen dos testigos pareados de una misma verdad. Y, finalmente, para que los venideros guardásemos este mismo ejemplo, procurando andar en estos ministerios bien acompaña-

¹ Hebr., v, 4.